

La guerra civil

# Más allá de las palabras

Marisela Hernández

Los ciudadanos comunes estamos siendo acorralados por dos palabras: guerra civil. Políticos, periodistas, analistas, militares y muchos otros la repiten una y otra vez; casi invocándola. Sin embargo, me pregunto si ellos saben de qué están hablando; si enuncian sólo palabras, o si se han detenido a imaginarla, a presentirla. Si de palabras se trata, va uno al diccionario y allí dice que guerra civil es una lucha armada que tienen entre sí los habitantes de un mismo pueblo o nación. Vista así, como definición fría, sobre un papel, alejada de la realidad, parece inocua y cualquiera puede estar de acuerdo con ella desde la comodidad y la distancia de una conferencia, una poltrona o un control de TV. Ahora bien, cuando de realidades se trata, pasamos al terreno de lo que se sentiría en carne propia, y allí está el meollo del asunto ¿se ha imaginado usted lo que una guerra civil significa? Un rápido ejercicio da cuenta de imágenes terribles: un hijo muerto, una hija violada, un padre lisiado, una madre cargada de odios, un hermano saqueado, una sobrina secuestrada, un amigo perseguido. Junto a ellos mucha sangre, tibia y mojada primero, fría y seca después; eternamente imborrable. Cuerpos y almas para siempre destrozados, entrañas afuera. Sonidos atroces: silencio, tiros, gritos y sollozos, y otra vez silencio. Un autobús escolar explota, con niños «escuálidos» entre quienes «por equivocación» va el pequeño hijo de un «chavista»; el fuego se apodera de un mercado «bolivariano» donde «por equivocación» compraba una «oligarca».

Enemigo pasa a ser todo aquel que no piensa como yo, aunque esa diferencia sólo se sospeche. No cabríamos ni siquiera en una misma iglesia para rezar o llorar. Todos perderíamos derechos, seres queridos e ilusiones. La palabra que argumenta y escucha, la que admite errores y diferencias, dará paso a la bala, irreversible y destructora. Los cálidos afectos que nos crecen como pueblo, presentes en el brazo que se ofrece a un anciano desconocido o la sonrisa que se devuelve a un niño en la calle, darán paso a sentimientos negros como el odio y el terror, que mata al portador tanto como al destinatario.

¿Qué tal si nos paseamos por más imágenes, si recordamos los testimonios de quienes sí la han vivido para «vernós en ese espejo»; para que se nos erice la piel y se nos hiele el alma antes de empuñar la espada o esperar que otros lo hagan? ¿Vale la pena pasar por encima de nuestra condición humana, libertad y dignidad incluidas, para defender una «revolución» o una «contrarrevolución»? ¿No es el llamado a guerra otra manipulación del poder, venga de donde venga, que insiste en utilizarnos? ¿No podremos conjurar esa guerra a punta de razonamientos plurales y de sentimientos de respeto mutuo? ¿Podríamos insistir en mirarnos a los ojos, escucharnos y acercarnos, como solíamos hacer? ¿Queremos dejar de ser bandos para volver a ser venezolanos? Creo que sí. Manos a la obra.

**Marisela Hernández**

Psicólogo Social. Profesora USB.